—Brücken ha marchado á París, á fin de poner en orden sus asuntos... Vuelve mañana por la mañana: iremos á recibirle á la estación en carruaje... Ya ves, ni siquiera estaré aquí cuando se vaya Manuela... Cuento con tu bondad para que me reemplaces bien... Sean los que sean tus sentimientos hacia ella, está en tu casa, y no hay que olvidarlo...

—Nunca lo he olvidado,—dijo Ester,—y no lo olvidaré ahora.

—Ha podido cometer algunas faltas,—siguió Nuño;—pero es tan buena, que hay que excusarla... Yo mismo, el primero, tengo necesidad de que se me trate con indulgencia. No hay más que tú que sea perfecta... ¡Porque eres perfecta!...

Por los labios de Ester pasó una triste sonrisa. Esperó el fin de la frase de su padre para saber qué acto de condescendencia ó de debilidad quería pagar por adelantado con aquellas alabanzas.

—¿No crees—dijo Nuño—que si subieras á la habitación de Manuela y le hablaras cariñosamente, como sabes hablar cuando quieres, consentiría en quedarse?... Cuando se vaya vamos á estar bien solos... Tú, sobre todo.

—Usted invitará gente, papá.

—Sí, sin duda... Pero eso no será ya la intimidad. La intimidad, sobre todo, es lo que es agradable... ¿Crees que si subieras á hablar con ella un cuartito de hora solamente, no arreglarías las cosas?... Estoy seguro de que no espera más que una palabra tuya para deshacer su viaje.

La miraba con cara á la vez ansiosa y humillada, al hablar así, y Ester recordaba la declaración de Manuela: «No tendré más que silbar á tu padre para que acuda.» Sí; tenía razón la linda portuguesa, y conocía bien su poder. Nuño no esperaba á que le silbaran; acudía antes de que lo llamaran. ¿Qué se necesitaría, pues, para romper el lazo que lo ataba tan servilmente á aquella mujer? ¿Qué cruel decepción, qué dolorosa ofensa le emanciparía de su esclavitud? La joven respondió:

—Todo sería inútil, papá. Manuela quiere irse. Después del almuerzo me he adelantado al deseo de usted, y he subido á su cuarto. La resolución está bien tomada.

—Pero, ¿por qué?—gimió Nuño desesperado.

—Usted no puede ignorarlo.

—Pues sí lo ignoro. Sospechas, quejas; todo eso al azar, en el aire, sin pruebas...

—Usted las tendrá, papá,—dijo Ester francamente.

Nuño se detuvo y la miró asustado.

—¿Sabes, pues, más de lo que quieres aparentar? ¿Más que yo, acaso? ¿Eh? ¡Dime lo que sepas! ¡Pero no! ¡Es tu odio que te arrastra; no sabes nada: inventas! ¡Acaso eres tú la que has agotado la paciencia de esa pobre mujer!

Ester se mordió los labios, y, amargamente, dijo:

—¡Compadezcámosla!

—Sí; ¿por qué no? ¡Era agradable su situación aquí!... Apenas tolerada por tí, y...

Iba á meterse en confidencias peligrosas, y se detuvo bruscamente. Dirigió á Ester una mirada sombría:

—¿De modo que me niegas lo que te pido?...

—Espere usted á mañana, papá,—dijo la joven con energía;—y, si usted lo exige, entonces iré á París, si es preciso, para buscar á la Sra. del Peral.

Nuño quedó pasmado ante su hija, comprendiendo que le anunciaba revelaciones, con seguridad dolorosas, buscando cuáles podían ser, no sabiendo detenerse en ninguna, y lleno de temor al ver á Ester tan afirmativa, cuando él luchaba entre dudas, se volvió avergonzado y descontento á la vez, y sentándose delante de su mesa, se sumió en dolorosa meditación.

La campana de la comida, sonando en el silencio, lo volvió en sí. Pensó que al fin iba á ver á Manuela, á quien no había podido acercarse desde la víspera, y, sin dirigir una palabra á su hija, pasó por delante de ella y se dirigió al salón.

XVI

La guardería del Bosque-Quemado es la más próxima a Précigny. Está dividida por el camino de Lagny. Una casita de ladrillo, rodeada de un jardín, sirve de habitación al guarda. Tiene adosado un criadero de faisanes, y se alínean numerosas jaulas en medio de una pradera cerrada por un enrejado de alambre. Las gallinas que han servido de empolladoras en la primavera, se pasean picoteando en libertad por el bosque. Un perro oscuro, de pelo corto, se calienta á los pálidos rayos de un sol de otoño. El carruaje de Nuño, y un landó con el escudo del barón de Prefont, esperan en medio de la plazoleta. Los caballos humean, bajo sus mantas, como después de una rápida carrera. El guarda se pasea, las manos á la espalda, y parece vigilar. De cuando en cuando echa una mirada preocupada del lado de la alameda que se pierde en la espesura.

Por allí es por donde se han alejado silenciosamente, hace cinco minutos, los adversarios, sus testigos y el cirujano llamado para el caso.

Una senda los ha conducido, por la izquierda, á un ancho claro de suelo de asperón fino, rodeado de abedules y de brezos, como un circo. Sitio á